

LLOMPART, Gabriel, C. R., *La pintura medieval mallorquina. Su entorno cultural e iconografía*. Tomo primero, Palma de Mallorca, 1977, 256 pp. Tomo segundo, misma ciudad y año, 202 pp. Colección Eura.

El gran interés de la pintura mallorquina, divulgado a través sobre todo de la *Historia de la Pintura española* del escritor norteamericano Post, halla en estos volúmenes una dimensión inesperada. Desde un doble objetivo se contempla el material pictórico: primero como una historia de la pintura mallorquina; después como un capítulo cultural, esto es, de interpretación histórica.

Si se ha de hacer la historia de la pintura, ha de partirse de las mismas obras. El retablo constituye el instrumento predominante para materializar la pintura. Por eso ha de alabarse el que se establezca una tipología, explicitada con excelentes dibujos. Aunque ya la trayectoria biográfica de esta pintura está bien estudiada por Post y Gudiol, se ofrecen novedades, con aportación de nuevas obras y autores.

Se hace difícil estudiar hoy cualquier capítulo del arte sin prestar atención al ambiente socioeconómico en que se ha desarrollado. En esta obra ocupa singular extensión. Ya se sabe que el pintor se desenvuelve en el seno de una actividad artesanal, máxime cuando ha de alternar el trabajo del pincel con otras actividades que ni siquiera guardan a veces relación con el arte. Llama la atención el entronque que existe entre pintores y bordadores. El autor se ocupa del pintor, desde el aprendizaje del oficio, para lo que aporta datos concretos de los contratos, hasta el pase a la maestría mediante el examen. Hay referencias a lo que ganan y a lo que contribuyen. Noticias asimismo de los talleres, instrumental de trabajo, agrupación de los pintores en la ciudad, etc. En cuanto a la clientela, interesa saber si es unipersonal o colectiva; esta última es la responsable de los retablos, cuya financiación constituye un esfuerzo de la sociedad del tiempo para reunir y administrar el dinero necesario.

Pero la pintura no queda aislada. Es preciso extender la mirada a la miniatura e incluso a la cartografía. Una escuela tan distinguida como la mallorquina, no podía quedar reflejada en el mero interés de los mapas, ya que la representación abstracta no era suficiente, y había que acudir al pintor para añadir vistas de ciudades y representaciones paisajísticas. Los portulanos dan buena prueba de ello.

En Mallorca se produce pintura en cantidad considerable, pero las relaciones comerciales, impulsadas por una bota poderosa, determinan que junto con la traída de productos materiales venga la mercancía artística. De ahí esa presencia de pintura flamenca, veneciana, sienesa y hasta bizantina.

Hay antecedentes del uso de la pintura para la interpretación del ambiente histórico. Recordemos sobre todo los Beatos y las Cantigas. Ahora le ha llegado el turno a la pintura mallorquina. El autor cohonestamente la información procedente de los documentos y la de la propia pintura. La conocida pintura de Pedro Nisart del retablo de San Jorge, presenta un fondo de ciudad que a todas luces habrá de ser Palma. Pero nadie había intentado analizar el contenido de esta pintura a efectos de reconstrucción urbanística de la ciudad. Y el material pictórico asimismo es rico como para reconstruir el panorama de la casa y su mobiliario.

El segundo volumen se dedica a la iconografía, que es abarcada en su totalidad. Por eso arranca del ciudadano, en su diversidad: caballeros, menestrales, mercaderes, y hasta mendigos y cautivos. Será el historiador quien aproveche después estos datos, aquí catalogados, pues lógicamente los pintores han abstraído a estos personajes, sin duda mejorando su categoría. Pero por lo menos su indumentaria constituye un hecho fidedigno. También la vida en su desarrollo popular, con fiestas, procesiones, juegos. Y por supuesto,

el teatro. Ya se sabe que la pintura y el teatro están relacionados, no sólo porque los pintores han sido los decoradores de los escenarios, sino también porque las cosas que se figuran en las pinturas eran episodios con frecuencia representados, es decir, vistos por los pintores. El ejemplo aducido de la estrella de los Reyes Magos, con la figura del Niño Jesús, procede del teatro contemporáneo.

Con la advertencia de que la temática es por su destino y concepción de significación religiosa, el autor utiliza las numerosas alusiones a lo profano que existe en tal arte, cosa por lo demás frecuente en la escultura y en otras artes del tiempo.

Pero tiene especial prevalencia lo puramente religioso. Acierito el buscar una explicación histórica a la iconografía. Así sucede con la Virgen de la Gracia o de la Merced, que se popularizan a partir de una desgracia, que con oraciones se trata de contener. Las devociones asimismo renuevan la iconografía, como sucede con los Gozos de la Virgen y el Rosario. El autor emplea simultáneamente el material pictórico o las referencias documentales. Las representaciones de santos son abundantísimas. Cita el autor como testimonio de la popularidad de los santos, una relación de la catedral de Palma, que indica los sermones que habían de pronunciarse a lo largo del año, en elogio de los santos de cada día.

Al final el autor relata sus conclusiones. Con toda modestia indica que su propósito ha sido sobre todo hacer una «documentación» de este material. El más exigente pediría tal vez algo más, a saber, una hipótesis o interpretación histórica. Pero ya hay bastante fruto reunido. El suficiente para considerar esta obra como de consulta imprescindible, no sólo para el estudio de la pintura mallorquina de los siglos XIII al XVI, sino para quien desee precisar la historia de este período. Y aún esto ha de añadirse: haber creado un «modelo» de trabajo, que nos gustaría ver aplicado a otras escuelas del país.—  
J. J. MARTÍN GONZÁLEZ.

PEREZ ESCOLANO, Víctor, *Juan de Oviedo y de la Bandera (1565-1625). Escultor, arquitecto e ingeniero*, Sevilla, 1977, 158 pp., Edición de la Excm. Diputación Provincial de Sevilla.

Se publica en una serie de monografías de Arte, por la Diputación de Sevilla, el resumen de la tesis doctoral del autor, que a la vista del resultado no hace sino acrecer las ansias de conocer el texto completo de la investigación. Surge en estas páginas la personalidad de una figura ilustre del arte español que vive en el tránsito de dos siglos, ejerciendo una actividad diversa, pero muy clarificada y enjundiosa, y además inserta en la peripecia vital de un típico español entregado a la aventura. Porque no lo puede ser más trabajar como escultor en Sevilla, realizar el túmulo de Felipe II para la catedral hispalense, y dejar su cuerpo inerte guerreando como ingeniero español nada menos que en la reconquista de Bahía, en el Brasil, en 1625. Hombre tan ingenioso, no escapó al espíritu sagaz de Francisco Pacheco, quien lo insertó en su libro de «verdaderos retratos de ilustres y memorables varones», naturalmente dejándonos su veraz retrato.

Libro este que nos deja sumidos en la reflexión: de cuántos artistas sabemos poco o nada. Mas la historia es el tejido de los grandes y de los menos grandes, pero aun en este caso, interesantes. En el caso presente descuella el carácter polivalente del maestro. A los ventitún años alcanza en examen el grado de maestro, empleándose como escultor y retablista. Lástima que se conservan tan pocas piezas de este escultor, algunas de tanta calidad como el relieve de la Adoración de los Pastores del Museo Marés, que ha llegado a estar asignado a Montañés.